

LO HISTORICO EN LA FILOSOFIA

por
ENZO MELLA

Toda reflexión filosófica es en el fondo un pensar histórico; toda reflexión histórica es en última instancia un pensar filosófico. Hay entre estas dos actividades espirituales una relación de esencialidad. ¿De qué manera? Difícil sería expresarlo en conceptos claros e inteligibles. La filosofía y la historia se comprenden, como diría Heidegger, **yendo envueltos en ellas.**

Hay dos clases de conocimientos; el mundo, "el terror cósmico" ha impresionado de dos diversas maneras la conciencia y el espíritu humano: una, trágica y vívida como el mundo mismo, y otra, serena y muerta. El uno trata de asir la verdad tal cuál es en sí; el otro, la destruye, la fracciona con vana esperanza de darnos la idea completa de aquello que se encuentra más allá del yo. El conocimiento científico y el conocimiento filosófico. Son dos puntos de vista de un fenómeno total, dos formas diferentes e incompatibles de satisfacer no una mera curiosidad intelectual, sino de comprenderse a sí mismo y de colocarse en medio de esta vorágine cósmica aterradora.

El conocimiento no es una insignificante función espiritual ni una profesión lucrativa o gloriosa; es un drama netamente humano, un patetear por no ahogarse en lo infinito, lo incierto, lo misterioso. Va más allá de una tendencia innata, algo más que obedecer a una ley ciega e inexorable. La tragedia humana es esto o no es nada.

¡El mundo de la naturaleza y el mundo de la historia! (la gran dualidad spengleriana). La ciencia tiene por objeto el primero; la filosofía el segundo. Historiar es en último término filosofar; digámoslo en otras palabras: vivirlo, intuirlo, comprenderlo, sentirlo. No se trata aquí de sistemas ni de escolasticismo: trátase de desórdenes, de vivencias subjetivas, de arbitrariedades y contradicciones: de la vida misma. Sorprenderá quizás este concepto tan poco clásico de la filosofía o se creará en un acendrado escepticismo. Felizmente no, es la mayor honra, la prueba más apodíctica de veracidad. ¡Nada de paradojas! La vida encierra un devenir continuo; inherente a ella se encuentra lo inaudito, lo indeter-

minado, la negación continua de sí misma, el nacer adjunto al perecer (nacer es ya morir). ¿Cómo querer entonces imaginar una imagen más o menos real de este campo sin estar ya impregnada en desórdenes, contradicciones, sentimientos, si estos elementos forman su esencia? ¿No sería un conocimiento de esta naturaleza más verídico que uno ordenado, sistemático, perfecto? Si se refiere a la vida ¿puede haber la perfección? Entendedme bien: una filosofía determinada no es la desordenada; pues ella sólo es una faceta de las múltiples (un filósofo nos pinta sólo una parte de la realidad: aquella que vive con él); me refiero a la filosofía en general, a la totalidad de su historia.

“Una realidad es naturaleza cuando subordina todo producirse al producto; es historia cuando subordina todo producto al producirse”. “Lo que vivimos es lo que acontece, es historia”. (*) Historia es el mundo fluyente, el devenir perpetuo e incansable; un mundo lleno de imágenes, formas; un mundo en que se excluye lo rígido, lo determinado; el que está en nosotros como hombres occidentales del siglo veinte. El mundo de nuestra conciencia, nada mejor que esta palabra nos dará el significado de la historia: esta cosa inaprehensible “devenir creador”; aprehendido únicamente por la intuición, las imágenes; libre por un lado, necesario por otro. La muerte y la vida se suceden sin orden, sin regla ni armonía. Lo inaudito, lo imprevisible y aún lo imposible yacen en su infraestructura. Constituye el fondo de historicidad que radica en el hombre y es, a su vez, la historici-

(*) La metafísica se identifica con la filosofía. No hay más disciplina filosófica que aquélla; cualquiera otra, es resultado de ésta.

dad que está más allá del hombre. Lo histórico como microcosmo y el macrocosmo histórico. “Historia es la forma en que la imaginación del hombre trata de comprender la existencia viviente del universo con relación a su propia vida, pres-tándole así una realidad más profunda”. El mundo que está regido por una “lógica temporal”.

Decíamos que había dos maneras de conocer el mundo, pero que se trataba de una misma cosa considerada por dos puntos de vista diferentes: el científico y el filosófico. Si existen estos dos aspectos es porque hay en los fenómenos dos capas, dos esferas distintas, aunque relacionadas íntimamente entre sí. Una, los fenómenos mismos, el mundo fenomenológico, el que Müller llama el “mundo premetafísico”, el experimentable por principio, el otro, el de las esencias de Husserl, el metafísico, el inexperimentable por principio. El primero es **lo relativo** —según la expresión de Bergson—; el segundo el de **lo absoluto**, el que va al fondo de aquello que aparece a nuestros sentidos con cándida ingenuidad. Lo relativo se expresa por medio de conceptos y fórmulas matemáticas: símbolos rígidos extractados de lo movable. Esta manera de mirar sólo nos puede remitir a una esfera exterior, a un aspecto superficial de algo más profundo. Todo fenómeno —estudio de las ciencias— es la expresión de algo más profundo y general; él constituye la consecuencia de una fuerza, de un hálito subyacente. El hombre como fenómeno es un animal; como realidad profunda, como sustancia (si nos expresamos de acuerdo con Spinoza) un ser humano. Así, este mundo fenomenológico es símbolo de uno sustancial, metafísico, abso-

luto. Y "la metafísica es la ciencia que aspira a prescindir de símbolos" (*). (¿La filosofía de Husserl no expresaría en último término esta idea? ¿La *wesenschau* no constituye acaso, la penetración intuitiva a través del fenómeno hasta la esencia?). Un atento estudio de un sistema filosófico nos permite ver la interpretación total de los fenómenos cósmicos en torno de una idea central; es decir, el filósofo ve más allá de los hechos, un mundo diferente, más rico, más fecundo: el conocimiento de lo absoluto. Esto forma la base de toda filosofía, la nomenclatura de cualquier sistema. ¿Que sea esta realidad subyacente? No interesa. Para Schopenhauer la voluntad, asimismo para Wundt; para Fichte, el Yo; para Heráclito y Bergson, el devenir. Bergson reduce los problemas más diversos a esta última interpretación: la evolución, un devenir dirigido por su famoso "élan vital"; la libertad de un devenir subjetivo continuo, en que la causa no puede penetrar, etc... Todo acontecimiento acaecido en el mundo es la expresión de su "**evolution créatrice**". Toda filosofía posee esta columna vertebral, es decir, en todo fenómeno hay un principio común.

Esta realidad subyacente es una realidad histórica, un devenir aprehendido intuitivamente. Una fisiognómica opuesta a una sistemática; la vida antagónica a la muerte. "**Hay la experiencia científica y la experiencia de la vida**". La ciencia mata la vida, la destruye; la divide, en circunstancias que es indivisible. En cambio, la filosofía, "Ciencia de lo vital", trata de representarla tal cual es. Lo vital se

identifica con lo histórico. La historia es en último término vida, acción, movimiento; vida es historia: sino, forma, tiempo.

He aquí nuestra conclusión: lo histórico en el universo es objeto exclusivo de la filosofía; la historia deberá, por tanto, desembocar en ésta. Tratábamos de establecer la relación de la filosofía con la historia; o dicho mejor, el fondo histórico yacente en toda filosofía como tal. Habíamos visto de qué manera se interferenciaban estos dos campos si nos referíamos a una filosofía de lo absoluto cósmico. Contrarios al pensamiento kantiano, concluíamos con Bergson que la filosofía podía llegar a lo absoluto, pues es posible una intuición pura, que negaba Kant. Ahora nos referimos a la parte fundamental de tal postulado y al objeto supremo de la filosofía toda: el hombre.

El hombre, como punto de partida y fin último constituye su núcleo central. Cualesquiera que sean las especulaciones, desde las más áridas y cosmológicas hasta las más plásticas y románticas, parten y concluyen en él como ser humano, es decir, como espíritu viviente, como ser sufriente y angustiado. Pensar es intuirse a sí mismo o intuir el mundo que fluye en nosotros confeccionado de acuerdo con nuestra personalidad. La sustancialidad y razón de ser de la filosofía hallanse en este punto: el hombre formando su centro de gravedad y su fuerza inspiradora; el alma humana debatiéndose en imágenes que son ella misma. Pero no es un hombre abstracto, limitado; ni el racional ni el "**homo sapiens**". El hombre íntegro, total; el ser que sufre, llora y goza; el que se desenvuelve cotidianamente: el conjunto complejo de senti-

(*) Oswald Spengler: "DECADENCIA DE OCCIDENTE.,

miento, terrores, anhelos. Una riqueza de cosas inauditas, fuente inagotable de inspiraciones; síntesis de nuestra pobreza por alcanzar la luz de la verdad que pedantesca-mente pretendemos coger. "Y este hombre concreto, **de carne y hueso**, es el sujeto y supremo objeto de toda filosofía, quieranlo o no ciertos sedicentes filósofos".

Espacio es naturaleza; tiempo "algo personal". "**El tiempo es un contraconcepto del espacio**". El hombre, antagónico a la naturaleza, deviene, se temporaliza (al decir de Heidegger). Reúne todos los elementos del tiempo: el sino, el azar, un desenvolvimiento continuo irreversible. En nosotros yace este sentimiento de lo histórico: el pasado, y el presente proyectándose a un futuro indeterminado. Nuestra esencia es esta temporalidad de lo porvenir: la historicidad humana. Lo humano lo forma el sentimiento de que vivimos en un presente apoyado en el pasado y "medrosos o anhelantes" a un futuro que ha de morir. El tiempo no es ni existe ni está en las cosas; el tiempo somos nosotros mismos: la vida, la historia. Vivimos porque nos temporalizamos; nos temporalizamos porque somos ante todo historia. Hay en nuestro interior una cultura: **una idea**, conjunto de posibilidades de nuestro yo, y **la manifestación** de estas posibilidades en gérmenes. Esto nos hace seres históricos, orgánicos. "Conciencia es memoria", es decir, del pasado, por lo tanto, noción de algo que muere para ser sustituido por otro, por el hecho solo de transcurrir, no por una relación causal. Vida es sucesión **t e m p o r a l**, orgánica; nunca una yuxtaposición de causa a efecto. Subjetivamente, **la vida es las posiciones o formas tomadas**

por el alma frente a los acontecimientos.

La realidad más profunda del hombre es que existe; nada nos está dado más íntimamente que esta experiencia inmediata. A su vez, la existencia encierra el tiempo; dicho más propiamente, la temporalidad. Estos dos elementos van unidos estrechamente; a ninguno de ellos podemos imaginarlos aisladamente y si nos referimos a cualquiera de ellos, no podemos dejar de pensar en el otro. El tiempo no sólo es esencia de la existencia, sino carece de sentido sin ella. Lo mismo puede decirse de la temporalidad. Y ¿qué es temporalidad? Heidegger responderá: "La temporalidad es un proceso primordial de salida de "sí mismo" a su propia esencia". Se sale de sí mismo —la existencia— para llegar a su esencia —la muerte—. ¡He aquí lo trágico! El sentimiento trágico de la vida, como lo llama Unamuno: el sentirnos existir, pero sentirnos también devenir, es decir, morir. El devenir no es eterno, al pretender de Bergson; ello estaría en contraposición con lo histórico. El devenir termina con las "posibilidades", con la muerte. Existir contiene inmanentemente la idea de morir. Ser y no ser; el ser es el tránsito al no-ser. Ser es no-ser y no no-ser a su vez; no es ser, pues su destrucción continua acaba con su idea misma, y no no-ser, porque aún se destruye. Es la paradoja de la existencia humana: se es y no se es. La lógica orgánica, la lógica profunda de intuirnos como seres existentes e históricos contradice a aquella formal de Hamlet: "**To be or not to be, that is the question**". El hombre de carne y hueso no es lógico: es trágico. Toda lógica está en contraposición con lo

trágico: lo trágico es el sentimiento profundo de lo antilógico: la contradicción entre lo que se desea y lo que se es.

La tragedia humana se debe a que el hombre es un callejón sin salida. Por una parte está su deseo de eternidad; por otra, el sentirse histórico y no poder concebir, comprender ni sentir la eternidad. De hecho, la eternidad nos parece falsa, pues existimos, es decir, nacemos. (Existir significa salir de la nada. Ser no implica temporalidad. Los escolásticos hablan de que Dios es y no existe). Hubo un momento en que nuestros órganos se formaron y comenzaron a actuar, y otro en que comenzaron a tener conciencia de nosotros mismos y del mundo. Nuestra memoria se halla limitada por un momento preciso, que se recuerda jubilosamente cada año y que nos demuestra nuestra pobreza, desamparo, limitación, finitud. Nuestra mentalidad se encuentra confeccionada a esta temporalidad, "salida de sí mismo en busca de su esencia". El sentimiento primario de nosotros mismos, el más profundo y patético en nuestra limitación. Eterno es lo ilimitado, la limitación rompe con ello y el nacimiento nos limita, rompiendo con la inmortalidad. De aquí que Platón proyectó su teoría de la inmortalidad, basada en las ideas innatas; sólo entonces se la puede comprender, pues el nacimiento está tomado en un sentido diferente al que en la actualidad le damos. Por tanto, la inmortalidad está más allá de nuestro alcance y que hablar de ella sea elucubrar acerca de algo incomprensible.

Sin embargo, sé que en mí hay algo que subsiste. El principio absoluto del cual hablaba al comienzo, que es el sostén del universo comprendido en su acepción más

amplia. Tal principio es el creador y la substancia de todo cuanto existe. Bien, pero no es esto lo que quiero que se eternice. La muerte destruye mi ser en cuanto ser humano, aunque mi cuerpo se transforme. Es angustiosa la idea de dejar de vivir, de sentir lo que siento, de querer lo que quiero, de desear lo que deseo, de pensar lo que pienso; en una palabra, me horripila la idea de dejar de ser quien soy, de tener que un día fatal e inexorable, tomar una "resolución resignada" frente a la pérdida de mí mismo. Decía Nietzsche: "Lo que importa no es la vida eterna sino la vivacidad eterna". Si se me despoja de mi cuerpo se me despoja de mi personalidad. Deseo vivir, pero deseo vivir tal cual soy ahora.

Este es el sentimiento trágico de la vida.

Y este es el callejón sin salida del hombre: sentirse histórico, finito, desamparado, solitario; y por otra parte, desear, anhelar trágicamente, no obstante aquello, la eternidad. El grito más desgarrador y profundo de esta necesidad orgánica, incomprensible, lo ha dado Unamuno: "¡Ser, ser siempre, ser sin término! ¡sed de ser! ¡sed de ser más! ¡hambre de Dios! ¡sed de amor eternizante y eterno! ¡ser siempre! ¡ser Dios!".

Pues bien. Filosofía es la expresión de este sentimiento angustioso de la muerte, que radica en todo hombre que "encuentra su existencia auténtica. Filosofía es la expresión de la historicidad humana oponiéndose angustiosamente al deseo y la sed de eternidad.

En conclusión: hay en la filosofía un fondo histórico en cuanto se refiere al universo, y en cuanto se refiere a la historicidad humana opuesta a la necesidad de eternidad.